

## REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, Abril 1.º de 1908

## LA EDUCACION EN COLOMBIA

(Tesis para optar el grado de Doctor en Filosofía y Letras)

De suyo mal segura é incierta es aquella parte de la Antropología, que después de averiguar la naturaleza de las facultades superiores del hombre, quiere penetrar las relaciones y enlace que guardan entre sí, sus acciones y reacciones sobre el mundo externo y el modo como gobiernan á las potencias subalternas.

Pero si queremos ya no sólo poseer el conocimiento de lo que pasa en el individuo, sino que nos aventuramos á estudiar las energías humanas, no considerando ya á los hombres numéricamente sino como formando un todo colectivo, un solo sér, un pueblo, una nación, la incertidumbre aumenta, y todo se reduce á hipótesis más ó menos fundadas, que la observación puede sacar veraces, pero que reclaman en todo caso extrema prudencia y rara vez autorizan para derivar conclusiones categóricas. En realidad, nada más contingente y aleatorio para nosotros que los fenómenos sociales; *para nosotros*, porque ellos en sí están sujetos á leyes tan precisas como las que rigen el mundo físico, pero tales, que dada la multiplicidad de agentes que en ellas obran nos dejan á menudo perplejos en la penumbra de la conjetura.

En tal estudio se han forjado utopias extravagantes que tras el prestigio fugaz que á toda novedad acompaña se han visto reducidas luégo á su verdadero valor; se han

soñado sistemas, se han inventado teorías, y nacieron por fin, las *ciencias sociales* que sin haber dicho aún la última palabra, trabajan por dar una razón completa de los fenómenos que se cumplen en las colectividades humanas.

Con todo, en la vida del hombre y la sociedad se reconoce ya como innegable la influencia de causas más ó menos importantes que concurren con la libre voluntad, cada cual según su modo, á los actos humanos, y que unidas como un haz de fuerzas distintas producen una sola resultante: la conducta del hombre. Tales causas de orden físico, moral é intelectual, llevan el nombre de factores, y son, entre otras, el clima, la situación geográfica, el medio ambiente social, la herencia y principalmente la educación.

Un estudio de esta última, considerada como medio social y en sus aplicaciones á las necesidades nacionales, es lo que intentamos bosquejar en esta tesis.

No viene al caso demostrar como introducción á este trabajo, la importancia de la educación, ya que la experiencia diaria y la historia son un testimonio continuo de su influjo y su poder. Pero entre las gentes de origen latino, y por consiguiente entre nosotros, subsisten aún, con el vacío nombre de *suerte*, reminiscencias de la antigua doctrina del hado, especie de divinidad caprichosa, de cuyas manos pende el destino del hombre. Se encuentra quien, con lujo de citas y argumentos, defiende especulativamente tan infundada preocupación; pero si á esto no llegan todos, en la práctica en cambio es una inmensa mayoría la que procede, esperando buena parte del resultado de sus actos, de esta extraña y mentirosa deidad. Tal creencia niega tácitamente la posibilidad de dirección y designio en nuestra conducta; niega el principio de *causalidad*, según el cual, puestos tales medios, se deben producir ciertos y determinados efectos; niega el libre albedrío; atrofia toda iniciativa y esfuerzo. Si mi vida ha de venirme de la suerte... ¿qué tengo yo que hacer? Si la vida de mi hijo será el resultado de la estrella con que

vino al mundo, hagamos lo que se acostumbra; mas no hay para qué trazar para el porvenir un plan neto de su vida. Se vive no para tratar de dominar y dirigir los acontecimientos, sino á merced de ellos.

Quienes con tales ideas se alimentan, marchan á ponerse al nivel de los pueblos orientales, dormidos en el fatalismo y la inacción.

Por otra parte, hay muchos que admitiendo el influjo benéfico de la acción educadora, ignoran, sin embargo, la multiplicidad de sus efectos, el alcance que tiene en el hombre y en las sociedades el conjunto de disciplinas que se llaman educación. Para ellos tal palabra sólo sugiere, en representación confusa, las *ideas de un niño y una rutina más ó menos útil con que el hombre debe pasar su juventud*.

Cuando se considera la importancia que en las naciones más civilizadas se da la educación y la idea incompleta que algunos países latinoamericanos han tenido de ella, se explica úno fácilmente la diferencia que, guardadas las otras proporciones, existe entre aquellas naciones y estos pueblos. Porque, en efecto, la vida de una sociedad no es sino la suma de la vida de los individuos que la componen.

Ahora, la vida de un individuo no es sino el producto de la energía espiritual é interna de su alma, *en contacto* con el mundo externo. Aquel principio es invariable, y produce la unidad de la especie. El mundo externo mutable, palpitante, nos somete á la acción de las causas físicas, clima, etc., y á la más poderosa aún de las causas morales: sociedad, hogar, lengua, religión.

El hombre que se agita y se mueve en medio de tal mundo siendo él mismo invariable en su esencia, habrá de ser mutable en su conducta, como que ella es el resultado de dos factores: uno variable, invariable el otro; pero ya se sabe que en toda relación, si uno de los factores varía, cambia el resultado, y por consiguiente, á distinto hogar, á diferente educación, seguirán conductas totalmente dis-

tintas. De ahí la diferencia entre un germano y un café, un europeo y un americano, un labriego y un hombre culto.

Se comprende que cuando uno de aquellos factores se encauza y se hace obrar, uniforme y metódicamente sobre millones de almas, plásticas para modelarse á la elocuencia de un tribuno, al empuje de un sistema, á la acción de un hombre superior, se produzcan corrientes sociales avasalladoras, incontrastables para el bien ó para el mal, para el progreso ó la barbarie.

Ahora, es necesario convencerse que entre las causas que modifican la conducta de los hombres, figura en primera línea la educación; así lo entendieron todas las civilizaciones antiguas, así lo entendieron Grecia y Roma, no obstante la citada doctrina del hado, así lo entendió mejor que los paganos el cristianismo naciente, y cuando Juliano el Apóstata, con política pérfida pero sagaz, apeló al inaudito medio de impedir á los cristianos la entrada á las letras paganas, únicas florecientes entonces, se estimó que su persecución excedía á cuanto habían podido imaginar los emperadores más sanguinarios. El respeto universal con que se ha venerado á los maestros desde la antigüedad más remota hasta hoy, no es sino la conciencia que tiene la humanidad de la labor eficaz y benéfica de aquellos hombres. Entre los modernos, Taine, que da importancia predominante á las causas físicas, no ha podido desconocer en su obra *Notes sur d'Angleterre* que en el desarrollo y carácter del pueblo inglés la educación ocupa lugar preeminente. Y la mayor parte de los sociólogos modernos hablan de ella en términos tales y le atribuyen una acción tan intensa y vasta, que teniendo en cuenta sus conclusiones no es aventurado considerarla como la más poderosa palanca moral en el individuo, en la familia y en los pueblos. Y para no citar sino á uno entre muchos, oigamos á Colajanni en su estudio de *Razas superiores y razas inferiores*: "La obra de la naturaleza, de los hombres superio-

res, de las circunstancias excepcionales é imprevistas, conservada y fijada por la herencia, *es demolida palmo á palmo* por otras interferencias; por lo menos no experimenta ningún desenvolvimiento progresivo, *si no interviene un factor poderoso que tiende á desarrollar lo bueno y á hacerlo mejor y más activo: la educación.*"

Pero aquí surge naturalmente la cuestión: ¿qué cosa es, pues, este agente de tan intenso poder? ¿cuál es su naturaleza? ¿cuál su dominio? ¿cómo obra? Ciertamente hay necesidad de satisfacer á tales preguntas para fijar el radio extensísimo de la educación y para desarraigar los errados é incompletos conceptos que acerca de ella se admiten, sobre todo entre nosotros, como moneda corriente.

En primer lugar, el hombre no es sólo materia, ni espíritu solo; es un compuesto de materia orgánica y alma racional, que siente, que piensa, que ama, que obra; y cada una de estas manifestaciones: la vida, la sensación, el entendimiento, la voluntad, se realizan por actos que, repetidos continuamente, constituyen para cada una de esas potencias un hábito.

Todas las potencias del hombre son susceptibles de adquirir hábitos. Por algo se dice que el hombre no es sino un animal de costumbres.

La educación, en su sentido más amplio, no es sino la implantación ó el desarrollo de hábitos buenos que rijan la conducta del hombre. Salta á la vista que no comprende solamente el cultivo del entendimiento, y que bajo su dominio cae la dirección de los actos de nuestro ser, desde los más simples é inconscientes de la vida orgánica, hasta los últimos y más trascendentales de la voluntad.

En Colombia ha corrido ordinariamente, con pretensiones de educación; el aprendizaje de cierto número de textos, ó la adquisición de un cuerpo de ciencias. Es decir, que no sólo se echa á un lado la educación moral y física con toda la riqueza de sus recursos, pero que ni siquiera comprende la educación intelectual completa, ya que ésta

debe atender como fin primario el desarrollo de las facultades y coloca en segundo término la adquisición de conocimientos especiales, tanto más fácil y mejor cuanto mayor sea el desarrollo dado á la potencia. No decimos, pues, que la educación colombiana esté, en general, mal informada; adelante se examinarán las condiciones deseables en este punto, y señalaremos sus deficiencias; aquí nos limitamos á consignar el hecho de que es incompleta, pero incompleta en alto grado.

Del simple cultivo intelectual no puede esperarse la dirección de la conducta de los hombres; y es claro: porque la voluntad, origen de nuestros actos, es incitada á obrar por móviles no sólo diversos sino muchas veces opuestos y contrarios al entendimiento. Las pasiones juegan aquí un papel primordial, y si la voluntad, como fuente de energía, no ha sido educada en el sentido *de seguir el camino más racional*, vano será el cultivo del entendimiento, porque se dará el triste espectáculo, por desgracia muy frecuente, de un hombre que piensa de un modo y obra de una manera totalmente distinta; espíritus, por otra parte, cultivados á merced de pasioncillas mezquinas, de vicios ruines; teóricos, maravillosos, que desmayan tristemente en la práctica, porque poseyendo una doctrina y estando convencidos de su bondad, adolecen de una voluntad endeble, incapaz de todo esfuerzo noble y varonil.

Lo que se dice de la voluntad se entiende de toda otra potencia, de todo ejercicio especulativo ó práctico, de la atención, de la habilidad manual, de todas las manifestaciones de nuestra actividad.

La educación no lo hace todo. Podríamos decir que el impulso inicial viene de la naturaleza; pero la dirección que ha de perdernos ó salvarnos, como brújula lo indica y como timón lo impone la educación.

Ahora bien, que esta influencia no sea aislada, no se limite á unos pocos, que se haga de ella un sistema nacional y se ejerza con un plan uniforme en todos los indivi-

duos capaces de recibirla en un país, y se tendrá el arma de mayor poder de que puede disponerse para preparar los destinos futuros de una nación.

Y parecé obvio. Los fenómenos colectivos son el resultado de los fenómenos ético-individuales: la conciencia, la pasión individual muchas veces sumada produce la conciencia, la pasión de un pueblo que, puesta de manifiesto en un momento de su vida, cambia el curso de su historia. Pero vimos que la conciencia individual se modifica, se modela como fácil arcilla, en virtud de los agentes que sobre ella obran.

Se ha probado que la grandeza de Inglaterra, por ejemplo, no viene sino en parte de su posición geográfica, en menor escala aún, de su consolidación histórica, de una raza uniforme, y casi procede totalmente de la seriedad de sus costumbres, del respeto por la disciplina y el amor al orden, es decir, de causas morales, que debieron de ser hábitos individuales, pero que conservados y reforzados por la herencia y el cultivo, se convirtieron en cualidades nacionales.

Y precisamente en la diversidad de educación es en donde varios sociólogos hallan la clave para explicarse la diferencia entre el desarrollo de los Estados Unidos y el de la América del Sur; porque dejando el prejuicio de raza, ocupa indudablemente la educación el puesto de factor primordial en el destino de las naciones. A este respecto dice Angel Mosso: "Las razones de las diferencias sociales entre el Norte y el Sur de América no han de buscarse en condiciones congénitas ni en los caracteres antropológicos, puesto que otras veces los españoles han dominado á Europa, superando á sus contemporáneos en todo, demostrando las más felices disposiciones para las ciencias, las artes, los viajes y las armas. Las mismas virtudes las poseen ahora otros pueblos en mayor grado.

"El principal factor del éxito está en el carácter de los pueblos, y el fundamento del carácter ha de buscarse en

la educación dentro de las familias y las escuelas. Si no se estudia la educación de un pueblo, no se comprende su historia, ya que las condiciones físicas y económicas no bastan, si no existe el sentimiento de la moralidad y la inteligencia, si no hay amor á la disciplina y al trabajo."

Y más adelante: "Por amor á la humanidad se ha de combatir la doctrina fatalista de las razas, que admite una diferencia congénita entre las aptitudes de los pueblos latinos y de los pueblos sajones. Todo depende de la educación."

No se ha pensado de este modo en Suramérica, en donde, buscando la solución de los problemas sociales, no ha querido casi echarse mano de otro medio que de la política. No es, sin embargo, originaria de América tal exageración. Las transformaciones y los nuevos conceptos que acerca del Estado se produjeron á raíz de la Revolución francesa, engendraron la obsesión de que la suerte de un pueblo va vinculada fatalmente á su constitución política, y los doctrinarios de todas las escuelas se dieron á idear sistemas que en su concepto realizaban el ideal; y así, como tal ó cual teoría constitucional abstracta, preconcebida y encajada á cualquier pueblo, se tenía plena fe de labrar su felicidad. A través del siglo diez y nueve dominó enteramente el problema político como único y milagroso resorte de que pendía la prosperidad de las naciones, atribuyendo á los recursos legales una especie de infalibilidad de que jamás gozaron. Nacidas las repúblicas suramericanas en el período álgido de semejante tendencia, se dieron ellas también una constitución según el patrón más de moda. Grande influencia ejercen en un pueblo, fuerza es reconocerlo, las leyes y usos gubernamentales que posea, pero á nadie se oculta tampoco que estos medios sólo actúan sobre los actos externos, y apenas, de una manera indirecta, influyen en el fuero interno; por tanto, cuando alcanzan su mayor éxito, sólo conseguirán una disciplina de sometimiento, en donde todos se mueven uniformemente sólo.

por temor á la ley. La ley ordena, no raciocina: engendra sumisión, nó convencimiento; la ley tendrá que hacer constantemente de dique, y el individuo sólo andará buscando resquicios por dónde burlar su acción. La política es impotente para hacer la fortuna de un pueblo. Consiste en que, como decíamos arriba, su dominio es externo, produce el sometimiento y se le escapa el fuero interno con todo su dinamismo de pensamiento y voluntad. En cambio, quien obre y siembre en el fuero interno, lo cultive y se apodere de él ha conquistado con el convencimiento la adhesión, la conciencia: cada voluntad así educada será un nuevo soldado de nuestra línea, una nueva energía que profese y defienda como propios los ideales que en ella se injertaron.

En Colombia no puede hablarse detalladamente del proceder de nuestros gobiernos acerca de educación sin levantar rencillas, pero puede apuntarse como hecho general el de que, considerando la política nó como medio sino como fin, hubo siempre tendencia á someter la educación á las exageraciones exclusivistas de una doctrina banderiza.

Hoy, cuando, dirigido prudentemente el país por un gobernante de altas miras, se abren ante Colombia nuevos horizontes, no exageramos al juzgar que atraviesa la patria un período que nos atrevemos á calificar de transición; período fecundo por que han pasado todos los pueblos y que se nos asemeja á lo que acontece con el individuo en aquel estado transitorio y misterioso por donde se va de la niñez á la adolescencia.

Abrirse á una nueva vida, hacerse apto para llenar todas las funciones del sér, es lo que en esencia implica tal estado. Y bien, todas las apariencias nos fuerzan á juzgar que en Colombia se están verificando actualmente fenómenos de esa especie, que las iniciativas del régimen de hoy no son sino el impulso que dirigiendo los anhelos nacionales é ingiriendo nuevas energías, conduce á Colombia á la

edad adulta, haciéndola pasar de la edad pueril á la categoría de nación madura y fuerte.

Por eso dijo Ziegler: "Puede decirse que el programa de una educación es el programa de una civilización."

Teniendo en cuenta lo hasta aquí expuesto, intentamos hacer dentro de los límites de un modesto ensayo, breve análisis del carácter nacional en su triple aspecto del individuo, del hogar y la sociedad, para deducir con el mayor criterio práctico posible, las condiciones deseables de una buena educación apropiada al pueblo colombiano.

#### EL INDIVIDUO

Producto de la mezcla íntima de la raza española y de la raza indígena, en una naturaleza que con el sello de la virginidad guarda todavía mucho del grandioso poder de todo lo primitivo, bajo un clima delicioso pero inconstante y enervador, en medio de una vegetación pujante, encerrado en valles profundos que lo separan de sus hermanos por cadenas de montañas elevadísimas y sin embargo unido con ellos por el triple lazo de una lengua dulce y sonora, de una sola religión y de unas mismas sagradas tradiciones, el colombiano tiene caracteres propios que lo distinguen, como rasgos fisonómicos, de los habitantes de toda otra nación, rasgos que sin serle exclusivos, le son peculiares y forman en su conjunto, un perfil íntimo, si así puede decirse, inconfundible; un tipo completo, inconsistente si se quiere, pero suficientemente definido para constituir una unidad colectiva: la nación colombiana.

Dividido como se halla nuestro suelo en regiones perfectamente demarcadas por los ramales de nuestras cordilleras, constituye el todo un agregado de sistemas orográficos casi aislados entre sí y que son como focos ó centros parciales de población ó comercio que se distinguen de los demás por notas características: nadie entre nosotros confunde á un antioqueño con un habitante de la

Costa, ni á un caucano con un condinamarqués. Y no es sólo el acento: por debajo de los ademanes, del gesto y del timbre de la voz, se hallan particularidades de carácter que los singularizan, rasgos que constituyen el tipo regional, reflejo inmediato de un cielo más ó menos bello, de un terreno más ó menos generoso, de un clima más ó menos benigno; pero todo esto no son sino variaciones, matices del carácter general que manifiestan con mayor intensidad una de sus fases, pero que no alcanzan á romper la unidad de raza. Haciendo abstracción de estos rasgos fisonómicos locales, nos quedan las notas comunes, dominantes, lo que constituye el fondo mismo de nuestro carácter nacional.

Este fondo esencial es lo que tratamos de analizar, pero las aberraciones y defectos peculiares á una región, que exhiben, exagerándolo, un rasgo de nuestra fisonomía, podrán ser útiles para dar mejor luz á nuestro estudio, á la manera que la caricatura que deforma contribuye á dar realce á las líneas verdaderas y pone de relieve la síntesis general del carácter. Pero un esbozo completo, un análisis de las cualidades y defectos que en su conjunto forman un tipo nacional, en donde al lado de las notas comunicadas por el medio físico se trata de descubrir la personalidad, el substratum moral de los individuos de un pueblo, debe abarcar, para llenar su fin de una manera más conveniente, los tres períodos principales de la vida, y averiguar las cualidades que lo distinguen en la infancia, la juventud y la edad madura. Estudiaremos, pues, al niño, al joven y al hombre.

#### I

#### EL NIÑO

Cuando se ha tenido ocasión de estar en contacto con una congregación de niños colombianos, de prestar atención á sus actos, de presenciar su conducta y medir sus aptitudes, principalmente en la escuela; cuando las circunstancias han mezclado en nuestra vida una de aquellas

vidas que empieza á brotar, no se requiere gran sagacidad de observación para palpar las favorables y ricas facultades con que por la naturaleza ha sido dotado el niño colombiano.

En Colombia son excepción los temperamentos tardíos: el niño es extraordinario por la precocidad; no se nos oculta que en esta anticipación hay un riesgo y una amenaza para la constitución ulterior y definitiva del hombre; pero en todo caso asombran y sorprenden la rapidez, la percepción intuitiva; la facilidad con que los niños conocen y comprenden los conceptos que á su alcance se ponen. Y este hecho, que llega á su máximo en las escuelas, se nota en la vida común de las ciudades y del campo. El *chino* de Bogotá apenas puede admitir como rival al famoso *gamin* parisiense, á pesar de la inmensa diferencia del medio en que se forman. Bajo el disfraz de unos viejos harapos se oculta un cuerpecito endeble, nervioso y ágil, máquina mezquina que apenas parece un pretexto para sostener la vida intelectual; pues todo lo anima un semblante lleno de simpática expresión, con ojos inquisidores y penetrantes que forman un conjunto de audacia, vivacidad é inteligencia. Todos hemos experimentado la sorpresa que causa la penetración con que aquellos trabajador-cillos comentan un suceso reciente, contestan á una interpe-lación, y cuando dialogan juiciosamente la maravillosa lógica natural que inconscientemente despliegan. Igual cosa sucede en los campos: qué destreza, cuánta habilidad para la vida práctica! El más listo conocedor del camino, el mejor baquiano en las veredas y andurriales, el más seguro nadador es siempre un campesinito sin nombre; todos le conocemos; se halla en todo Colombia. No es el flemático *boy* inglés, ni el rudo y áspero yanqui, no es el indolente gitano de origen oriental; el interés lo incita, pero goza de un corazón rico en sentimientos generosos, y basta una situación difícil, un caso apurado, para despertar su compasión y verlo presto á ayudar en cuan-

to puede, sin detenerse en mezquinos cálculos utilitaristas. Sabe intuitivamente que vive en una nación libre, y alimenta el deseo constante de mejorar y ascender. Contrastan con estos temperamentos privilegiados y que están en gran mayoría, algunos jovencitos tímidos, lentos y sin manifestación alguna de espíritu emprendedor; sus movimientos son perezosos, quieren vivir holgazanes replegados sobre sí mismos, asistir como espectadores indiferentes al espectáculo de la vida. Allí, sin embargo, no hay un organismo defectuoso, un sér mal inclinado: es la anemia, el azote de nuestros climas templados y consecuencia infalible de una nutrición exigua, la causa de aquel desaliento y de aquella inacción. Todos hemos presenciado las transformaciones que se verifican en este campo: ha entrado aquel sér agotado á disfrutar de más higiénica vida, y en pocos meses desapareció el muchacho flacucho y enfermo, y con el color de los labios y la vivacidad de la mirada, aparecieron la fuerza, la agilidad y la alegría, las cualidades propias de aquella edad en una naturaleza bien organizada.

En las escuelas no alcanzan al cinco por ciento los niños de que pueda decirse en rigor que están muy dotados intelectualmente; el noventa y cinco por ciento restante cumplen cuando quieren con sus tareas sin esfuerzo notable, poseen facilidad que sorprende y que debe ser superior á la que revelan niños de otros países, porque los extranjeros que han tenido ocasión de presenciársela, la notan y se sorprenden de ella como de cosa poco común.

Se ha dicho que Colombia es un pueblo esencialmente idealista y soñador, y se le echa á mala parte tal tendencia. Si así fuera en efecto, no sería en manera alguna reprehensible tal manera de ser, porque ¿qué otra cosa fue Grecia sino un pueblo esencialmente idealista, enamorado eterno de una perfección imposible? ¿Y se dirá que por ello fue inferior? Pero no hay tal. Y creemos que sólo la superficialidad en el modo de ver las cosas, que á su turno

sí es uno de nuestros principales defectos, ha podido dejar pasar como verdadera semejante opinión. Al contrario, aunque en realidad en nuestras escuelas abundan, por ejemplo, los versificadores, fruto es esta ocupación, no de organización genuinamente contemplativa y poética, sino consecuencia de holgazanería: el estudiante que no quiere ocuparse en nada serio lo mismo mortifica al compañero, intenta interrumpir la disciplina, se entrega al sueño, que se da á la tarea de ensartar malamente una mísera serie de consonantes. Pero esto no es idealismo, y antes bien, las disposiciones verdaderamente artísticas y de subidos quilates se hallan en número tan reducido, que apenas guardan la proporción bastante para no hacer de nosotros un pueblo material, incapaz de las manifestaciones superiores de la especulación y la belleza. Siempre son escasos los niños de temperamento declaradamente artístico. Abunda la disposición musical, ocupa menor escala el talento para la pintura, y lo que es poesía, estro verdadero, difícilmente se hallarán dos que lo posean entre un millar de jóvenes.

Dominan en el niño, como se ha dicho, la prontitud de percepción y una especie de intuición intelectual que le da gran facilidad para la apropiación de las ideas. Debemos inclinarnos á pensar que esta disposición viene en su mayor parte de la naturaleza: la herencia ha transmitido en Colombia la inteligencia de la raza conquistadora. Además es cosa averiguada que, geográficamente, la rapidez de comprensión se desarrolla en razón directa de la proximidad al Ecuador. Allí, en donde, podemos decir, están nuestros antípodas intelectuales, el pensamiento es perezoso y lento, el juicio se engrana pausadamente, y deja todo el lugar que quiera tomarse para sí la reflexión, que procede en el análisis, tranquila y fría como que sabe que nada la urge.

En los trópicos todos los fenómenos vitales se realizan con mayor celeridad, y de esta ley se resienten necesaria-

mente las manifestaciones del espíritu. Y de ahí esa ligereza y facilidad extremas que notamos aquí en los niños. De ahí la vivacidad, el despejo con que ordinariamente sorprenden á la hora del examen á los maestros, á los padres, á los concurrentes.

No hay razón para tomar como defecto lo que en realidad es suma facilidad, pero tampoco debemos deslumbrarnos, y antes es menester ponerse en guardia en éste como en todo campo, contra toda manifestación prematura y fué ra de lugar. Y en efecto, tal facultad lleva en su ligereza su propio mal, porque por su misma característica agilidad su siente impulsada á moverse de aquí para allá, á pasar rápidamente de un objeto á otro, incapaz de permanecer quieta y de sostener reposada atención sobre un solo punto; no puede tolerar un desarrollo racional de regular extensión; evita el esfuerzo constante y rehuye las disquisiciones trascendentales y los problemas de la vida real y no gusta del aspecto serio de las cosas.

Tal manera de ser entraña, como veremos luégo, consecuencias peligrosas. Y con todo, tal ligereza en su principio es para nosotros una disposición laudable que es necesario saber moderar, siempre que llegue el momento para que no impida de ninguna manera la profundidad, la tenacidad y la mesura. Todo se reduce á ejercer sobre la atención de los niños tal interés que se logre el reposo de las facultades en un objeto, y á despertar en ellos el deseo de volver á él. Se trata de detener y no de impulsar, y ya sabemos que entre los dos extremos es preferible á todas luces el primero; por eso decía Franklin: "Dadme muchachos que necesiten freno, pero no que necesiten espuelas."

En los niños colombianos palpita en alto grado el sentimiento de la justicia: nada más frecuente que ver á naturalezas por lo demás completamente pacíficas exaltarse, enardecerse en presencia de una pequeña injusticia. En las comunidades que hemos estado en situación de obser-

var, hemos notado como cualidades comunes el desinterés, el entusiasmo por los placeres nobles del espíritu; una sana ambición, resorte maravilloso en manos del educador. La franqueza y la veracidad no figuran en primera línea, mas es fuerza reconocer que el disimulo y la mentira nunca son naturales, y sí producto inmediato de una sociedad donde ha existido una raza oprimida por otra superior.

En cambio la noción del deber, la conciencia de que estamos constantemente obligados para con Dios, para con los demás y para con nosotros mismos es casi nula.

En gran número de colegios, aun en varios de los que han alcanzado mayor fortuna entre nosotros, la obediencia se ha obtenido, aunque de una manera imperfecta, por el temor. El sentimiento del deber no se halla en la mayoría de los niños, y hé aquí un verdadero peligro para la escuela, para la familia, para la nación.

Contra el deber, que subjetivamente es la determinación libre á obrar conforme á la ley reconocida como buena, asume la voluntad dos actitudes, á saber: ó no se obra, y es lo que se verifica en los individuos perezosos, indolentes, y entonces resultan el abandono, la inexactitud en las obligaciones, ó se obra en sentido opuesto, y entonces se tienen la indisciplina, el espíritu de revuelta, el desorden. Quizá sea este el punto realmente tachable de nuestro carácter, porque de aquí dimanar otros defectos que, comúnmente calificados de principales, no son sino resultado secundario de la carencia de sentimiento del deber.

Y es lógico, porque cumplir el deber toca á la justicia, y ésta es virtud cardinal de toda vida colectiva: por el hecho de vivir hombres en comunidad con hombres, se establecen entre ellos relaciones que implican derechos y deberes correlativos, y si no se cumplen los segundos, resultará amenazada la existencia misma de la sociedad.

El anhelo de eximirse de obligaciones es natural, porque cada obligación implica una sustracción de libertad, y la condición de ser libre se halla en la naturaleza misma

del hombre; pero bueno es reflexionar que la aceptación que la voluntad hace del deber y el ánimo constante de cumplirlo es en realidad goce de mayor libertad, porque es libre el que vive bajo el dictamen de la justa razón y no el que pretende vivir suelto de todo lazo, como el corcel salvaje de las pampas. En Alemania se están haciendo ensayos de vida natural, algo como una parodia del período de las cavernas, pero se nos alcanza que tal ensayo mira principalmente á la resistencia física, mas no entenderíamos que vivieran dos hombres concertados para un fin sin estar sometidos á una regla.

Entre nosotros falta mucho el sentimiento del deber, pero no porque abunden los jóvenes rehacios é indomables, sino más bien niños dóciles, asequibles, caracteres dulces que reciben bien toda amonestación, pero que flaquean en el cumplimiento de sus deberes, y si los llenan es por el amor propio, por el temor de ser reñidos ó por cualquier atractivo capaz de aguijonear la voluntad.

Nunca pretenderíamos tampoco exigir en la niñez aquella posesión reflexiva y completa de la noción del deber, propia sólo de la edad madura; ni podría pedirse en el niño el conocimiento científico de las leyes que sirven de base á aquella noción, cuando hay multitud de hombres que pasan la vida sin haber tenido nunca conocimiento reflejo de sus obligaciones, y sólo obran de una manera empírica: viendo é imitando.

Ni tampoco la razón científica del deber que nos obliga es en manera alguna necesaria para su cumplimiento, ya que la natural base de toda ley está al alcance de los hombres refinados ó incultos. Al sabio que se preocupa por averiguar las causas últimas de las cosas compete tal estudio; el erudito puede darse el lujo de hacer acopio de razones para tener noticia cierta de las leyes morales; al hombre en cuanto es hombre, y en este caso está el niño desde que empieza á despertar á la razón, le basta la mención de uno de sus deberes para sentirse obligado, pues hay en él

una voz interna inequívoca que, independientemente de todo proceso intelectual, le pone delante el camino que debe seguir, y que, como genuino asesor de su conducta, aprueba ó desaprueba sus actos en cada caso particular.

Pero no se trata aquí de un acto de conocimiento, ni directo ni reflejo. No decimos que el niño *no conoce sus deberes*. Esto es de orden intelectual. Y damos por sentado que el niño tiene conocimiento directo de que está obligado á alguna ley. Aquí tratamos de un estado de la voluntad: del conveniente acuerdo entre aquel conocimiento y esta facultad, de tal manera que conocido directa ó reflejamente un deber, se tenga una voluntad pronta y fácil para cumplirlo; ó al contrario, de la oposición que hace que á pesar de tener conocimiento pleno de lo que estamos obligados á hacer, la voluntad como un agente defectuoso ó enfermizo desoiga la ley, la resista ó se le oponga.

La oposición de que venimos tratando, la tendencia á quebrantar la regla, el desprecio de las obligaciones, la infracción tan común entre nosotros, y que se revela ya en la niñez, es una irregularidad adquirida, producto neto del medio ambiente doméstico, del mal ejemplo en la sociedad, y que en un niño de seis á doce años está ya suficientemente arraigada para producir en él un rasgo constante y saliente de su carácter, con todas las apariencias de un vicio congénito y de raza.

No podemos entrar en un análisis detenido de cada una de las facultades del niño, ni podemos aportar datos estadísticos ilustrativos de nuestra opinión, en un país donde no hay todavía estadística completa; pero el recuento somero que hemos hecho del carácter de la niñez en Colombia, basado en lo poco que hemos observado, fruto de un examen imparcial limpio de todo prejuicio, y deficiente como es, basta sin embargo para poner de manifiesto que el contingente con que contribuye la naturaleza á la formación del hombre es muy ventajoso entre nosotros; y que, en consecuencia, los numerosos defectos

que nos deprimen como hombres y tanto nos han costado como nación, son frutos adquiridos, efectos de las influencias que rodean al niño y al joven, cosa extraña que nos apropiamos por abandono, y de que podríamos vernos libres, siempre que hubiera voluntad de obrar metódicamente en la obra de nuestra educación.

(Continuad.)

ALBERTO CORADINE

## SONETOS

### I

#### IN MEMORIAM

Hoy celebraba nuestra Inés su día  
Que ya en la gloria de los cielos pasa :  
Su sombra aun llena la paterna casa  
Y más la extrañan cuanto más sufría.

Llorad, llorad por ella : es lluvia pía  
La que los ojos en silencio arrasa ;  
Pero su dicha contemplad sin tasa,  
Y al verla así vuestro dolor sonría.

Fue su amigo el sufrir. Nunca el martirio  
Víctima torturó más inocente,  
Ni ensangrentó la candidez de un lirio.

Mas hoy en las regiones luminosas,  
Es cada espina que punzó su frente  
Ramo virgíneo de inmortales rosas.

### II

#### A NINA EN SUS DÍAS

Los años luminosos de la vida  
Rosas derraman en tu limpia frente ;  
Te da músicas blandas el ambiente  
Y entre tus flores la esperanza anida.